

V Domingo Cuaresma

Isaías 43, 16-21; Filipenses 3, 8-14; Juan 8, 1-11

«*Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más*»

17 Marzo 2013 P. Carlos Padilla Esteban

«*Al no experimentar la humillación por nuestro pecado, tampoco recibimos la alegría del perdón, ni la bendición que nos levanta. Es como si no nos importara tanto ese amor infinito que nos sostiene*»

Se pueden ver claramente tres actitudes posibles en nuestra relación con Dios. Decía el P. Kentenich: «*Frente a ese Dios que nos habla y actúa en nuestras vidas podemos asumir tres actitudes. La primera es la indiferencia: le volvemos la espalda. La segunda la rebeldía: no tolero que perturbe mi tranquilidad. La tercera es la entrega sin reservas*»¹. La indiferencia es la actitud que tenemos al no pensar en Dios, al no considerar que es importante en nuestra vida. Nos resulta indiferente su amor, no nos importa si acepta o no lo que hacemos. Es difícil optar por Dios cuando se vive la vida con indiferencia, de espaldas a lo importante, sin pensar demasiado. Nos volcamos sobre el mundo y no miramos así el corazón, para que no nos moleste. No apreciamos la vida de nuestro mundo interior. Ese mundo en el que tendría que haber verdaderos océanos de vida y a veces parece sólo un desierto. Pienso en la promesa que hoy nos hace Dios: «*Ofreceré agua en el desierto*». Es lo que el corazón necesita, agua en la sed, agua que calme la sequía del alma, un vergel, en lugar de un desierto. Pero para eso es necesario que miremos nuestro interior. ¿Qué estamos viviendo? ¿Dónde estamos sufriendo? ¿Qué pecado nos quita la paz? Es la actitud que tenemos con mucha frecuencia. Dios nos resulta indiferente cuando pensamos que no nos ayuda, que no logra satisfacer la sed de infinito del alma. Mientras tanto, nosotros seguimos bebiendo en los charcos de la vida. Nos cuesta creer de verdad, con todas las consecuencias que la fe tiene, nos parece imposible. Nos mostramos indiferentes ante el bien y el mal, como si nada fuera tan importante. ¿Qué más da si actuamos de una u otra forma? Al fin y al cabo todo acaba pasando. No tiramos la piedra justiciera, no acusamos. Pero, al no experimentar la humillación por nuestro pecado, tampoco recibimos la alegría del perdón, ni la bendición que nos levanta. **Es como si no nos importara tanto ese amor infinito que nos sostiene.**

La segunda actitud es la de la rebeldía ante Dios. Surge cuando sentimos que Dios nos quita libertad y esta aparente esclavitud nos lleva a huir. En esos momentos nos violenta su presencia. Puede suceder cuando experimentamos la cruz como un dolor insopportable y nos rebelamos contra un Dios tan injusto que permite el mal en el mundo sin intervenir. Su injusticia nos parece insopportable. Su silencio nos desconcierta. ¿Por qué no interviene? ¿Por qué calla? Sigue cuando nos sentimos inseguros en la vida y nos gustaría tener las riendas bien firmes. Desconfiamos de Dios y nos inquietan sus caminos. Como dice el P. Kentenich: «*El hombre es un ser pendular: oscila perpetuamente de aquí para allá. La constante del desamparo y de la inseguridad son partes de la estructura ontológica del ser humano*»². Nos cuesta mucho caminar en la inseguridad de esta vida y quisiéramos tenerlo todo asegurado. Tememos la posibilidad de la caída. Rozamos el precipicio del olvido. Por eso nos rebelamos. Porque nos cuesta entender a Dios y no lo aceptamos como se nos presenta. Queremos condenarlo, como los escribas y fariseos, acabar con su vida. Nos rebelamos contra su bondad y su misericordia nos desconcierta. Nos molestan esas normas que parecen privarnos de la libertad más indispensable y nos alejamos de él buscando una

¹ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 292

² J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 262

libertad mal entendida. Huimos de aquel que parece marcarnos el camino y quiere tenernos siempre a su lado por amor. Cuando nos rebelamos contra Dios nos asemejamos a esos fariseos que querían matar a Cristo. Aceptamos ese perdón de Dios, pero muchas veces nuestra miseria personal y las penurias que sufrimos, nos parecen excesivas y más importantes. Quisiéramos que Dios acabara con ellas. Decía Benedicto XVI: *«La promesa del perdón de los pecados parece demasiado poco y a la vez excesivo: excesivo porque se invade la esfera reservada a Dios mismo. Demasiado poco porque parece que no se toma en consideración el sufrimiento concreto de Israel y su necesidad real de salvación. Se sentían oprimidos no tanto por sus pecados, sino más bien por su penuria, por su falta de libertad, por la miseria de su existencia. El hombre es un ser relacional. Si se trastoca la primera y fundamental relación del hombre, la relación con Dios, ya no queda nada más que pueda estar verdaderamente en orden»*³. Al rebelarse nuestro corazón contra Dios rompemos la relación central en nuestra vida. Dejamos de sentirnos hijos, y nos resulta complicado entonces ser hermanos. **La rebeldía nos aísla y aleja.**

Estas dos actitudes nos quitan la paz, y nos dejan vacíos. Por eso necesitamos vivir la tercera actitud que es la que nos salva: la entrega sin reservas a Dios que es Padre y nos quiere. Una persona rezaba esta oración que expresa el deseo que tenemos de volver la mirada hacia Dios: *«Perdóname cuando me entran dudas, o no sé explicarme ciertas cosas, no quiero que esa duda me eche para atrás y me enfrie. Habrá cruces que no me gusten y a las que me costará darles un sentido. Dame en esos momentos fortaleza y los instrumentos necesarios para no decaer, para querer siempre tu voluntad y ser dócil a ella. Sé que no permites sufrimientos inútiles. Que sabes sacar un bien de un mal. Por eso debo confiar más en ti»*. Es la expresión de la tercera actitud que es la que anhelamos, la actitud de entregar nuestra vida cada día. Decía el P. Kentenich: *«Cuanto menos seguridad se tenga a nivel intelectual, tanto mayor debe ser la fervorosa unión a Dios de nuestro amor y voluntad»*⁴. Así le entregó su vida a Dios Benedicto XVI al aceptar su pontificado e igualmente al renunciar a él: *«Aunque me retiro a rezar estaré siempre cerca de vosotros, estoy seguro de que también vosotros estaréis cerca de mí, aunque permaneceré escondido para el mundo»*. Nos retiramos al silencio de la oración, con el Señor. Es la misma oración a la que nos ha invitado el nuevo Papa Francisco: *«Recemos unos por otros, por todo el mundo»*. En Dios descansamos. La inseguridad inherente a nuestra vida no nos puede alejar de Dios, al contrario, nos tiene que acercar a Él, es el camino. Quisiéramos hacer siempre su voluntad, vivir en plenitud y felices a su lado, sintiéndonos amados por Él. Una persona decía: *«Ponerme en Sus manos sin limitación, sin medida, con infinita confianza»*. Quisiéramos afirmar con el Hermano Rafael. *«De una cosa me tengo que convencer: Todo lo que hago es por Dios. Las alegrías, Él me las manda; las lágrimas, Él me las pone; el alimento por Él lo tomo, y cuando duermo por Él lo hago. Mi regla es su voluntad, y su deseo es mi ley; vivo porque a Él le place, moriré cuando quiera. Nada deseo fuera de Dios. Que mi vida sea un "fiat" constante. Que la Santísima Virgen María me ayude y me guíe en este breve camino de la vida sobre el mundo»*. Así quisiéramos vivir siempre, con la alegría de poder hacer el bien y sanar muchas heridas. **Sólo así podremos vivir con esperanza y repartir luz en medio de la oscuridad.**

Me asombra siempre de nuevo contemplar a Jesús inclinado en esta escena, escribiendo en silencio: *«Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo»*. Me commueve ese diálogo sin palabras, ese silencio con el que se estremece el corazón. Una mujer acusada, unos acusadores que buscan justicia: *«Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dijeron: - Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adulteras; tú, ¿qué dices?»*. La justicia, siempre queremos justicia. Que el que actúa mal sea castigado, que el que se comporta adecuadamente reciba su premio. Es lo justo. Por eso la pregunta nos coloca ante un momento muy delicado. De sus palabras derivará la salvación o la condena. Se juega todo en una respuesta, la vida o la muerte. Todos esperan que rompa su silencio. Quieren

³ J. Ratzinger, Benedicto XVI, “La infancia de Jesús”, 49

⁴ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 278

condenarla a ella por su pecado y a Él por sus palabras. Mientras tanto, Jesús escribe en la tierra y guarda silencio. Es la tensión de la espera. En nuestra vida somos impacientes. Queremos ver a Dios actuando en cada momento. Sin pausa. Sin silencios. Nos agobia pensar en un Dios que guarde silencio y no actúe. Nos molestan sus palabras calladas, porque no sentimos, porque no escuchamos, porque está como ausente. Nos duele la indiferencia de Dios, lo mismo que nos duele la indiferencia de los hombres. La omisión en el amor es un pecado grave. En ocasiones nos veremos nosotros en dilemas similares. Tendremos que juzgar una situación en un ambiente hostil, en el trabajo, o entre los amigos. Esperarán nuestra respuesta. Tal vez no le damos importancia, pero puede ser que nuestras palabras o nuestros silencios marquen el camino del que nos escucha. Le damos mucha importancia a nuestra fama, a lo que los demás opinan. No queremos decir lo que no procede y callamos. Nuestro silencio nos acaba condenando. Sabemos que si damos testimonio de nuestra fe nos tratarán con cierto desdén, nos despreciarán. Si nos callamos, será nuestra conciencia la que nos acuse. **En cualquier caso no es tan importante lo que los demás piensen, sino nuestra fidelidad a aquello en lo que creemos.**

Jesús responde con el silencio de su dedo escribiendo sobre la arena. Y responde con una afirmación: «*Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: - El que no tiene pecado, que le tire la primera piedra. E inclinándose otra vez, siguió escribiendo.*» ¿Qué escribiría Jesús sobre la arena? ¿Nuestros propios pecados? Nunca sabremos qué dejaron sus dedos marcado sobre la arena. Sabemos, eso sí, que pronto se desvanecería sin dejar huella. Tal vez sea así cómo escribe Dios nuestros pecados. Pronto desaparecen del recuerdo. Serán olvidados. Escribe y pregunta. Pero, ¿quién puede estar libre de todo pecado? Nadie. El corazón sufre al pensar en el propio pecado. Todos llevamos la herida de la fragilidad y no podríamos lanzar ninguna piedra. Nos tendríamos que retirar apesadumbrados, conmovidos. ¿Quiénes somos nosotros para acusar a nadie? No tenemos derecho, pero lo hacemos. Somos muy poco tolerantes con los pecados ajenos. Con los propios tenemos mucha misericordia. Con los de los demás no hay misericordia. Así es en la vida. No hay tolerancia. En seguida acusamos y condenamos. Deberíamos detenernos como Jesús y escribir sobre la tierra. Sí, escribir en ella nuestros propios pecados antes de acusar a otros. Contemplar como en un espejo la debilidad del alma, antes de clamar justicia. Deberíamos asumir que no estamos libres de pecado, antes que exigir reparación por los pecados de otros. ¡Qué fácil juzgar y condenar! Alguien me comentaba lo poco tolerante que era ante las personas que perdían el tiempo y no aprovechaban su vida. Ante la pereza y la dejadez en la vida. Muchas veces nuestra intolerancia toca no sólo a los pecadores, sino a aquellos que, con su actitud, muestran dejadez o desidia. Nos rebelamos ante actitudes que no compartimos, ante formas diferentes de ver la vida y nos sentimos ofendidos por la mera existencia de otra forma de actuar. **Así es la vida. La intolerancia se enquista en el alma y nos quita la paz.**

Me emociona ese diálogo de miradas con la mujer pecadora, ese encuentro. El perdón en los ojos de Aquel que no tenía pecado. Jesús mira a esta mujer que se siente humillada por su pecado. Su mirada la levanta, mientras otras miradas tratan de hundirla. Jesús mira de esa forma que devuelve la dignidad al que la ha perdido. Mira y escribe en la arena. Mira y pregunta, nos pregunta: ¿Estamos libres de pecado? Nos mira a nosotros esperando ver luz en la mirada. No, respondemos, nosotros también pecamos. Y quisiéramos recibir la misma mirada. No queremos alejarnos tristes. Nos gustaría recibir su misericordia. Esa misericordia infinita que nos desborda. Esa mirada que nos ama sin apenas tocarnos. Dios ha inscrito nuestros nombres en el cielo, donde nadie podrá nunca borrarlos. Ha escrito nuestro pecado sobre la arena, porque así pronto será olvidado. Es la paz que nos da decir nuestros pecados a Dios, reconocer nuestra culpa y quedar limpios. Hoy en día nos cuesta reconocernos pecadores. Consideramos que estamos bien, que no hacemos nada malo. Hemos bajado el listón de las exigencias, para deambular más tranquilos. Para vivir sin

miedo y sin angustia. No pecamos tanto, somos buenos, creemos. Como si para ser santos bastara con ser buenos. No, no es suficiente. Es mucho, es cierto, porque hacer el bien ya es mucho. Pero ser santos es algo distinto. Jesús pasó haciendo el bien y por ello lo mataron. Los santos pasaron, como Jesús, haciendo el bien, y por eso fueron perdiendo su vida. Nos gusta hacer el bien y pensar que eso basta. Pero no, es mucho más. Ser santos es perder la vida por amor, sin guardarnos nada. Sin pensar que basta con dar un poco, con morir sólo un poco. Como actuando de cara a la galería. Se trata de estar dispuestos a morir en el silencio de un madero. Morir en el silencio del olvido. Ser santo es seguir los pasos de Cristo por el camino del Calvario. **Con miedo en el alma, con paz en la mirada.**

¿Qué espera Jesús de nosotros, que tanto pecamos? Espera nuestro sí, aguarda con respeto nuestra respuesta. Decía el P. Kentenich: «*¿No nos ha regalado Dios las estrellas, el agua, los árboles, los animales? Todo como un regalo para nosotros. Todo es caridad por parte de Dios. ¿Y qué quiere esa caridad? Quiere que la aceptemos. Y el buen Dios no para hasta que recibe de nosotros una respuesta de amor*»⁵. Dios nos lo ha dado todo, pero se muestra impotente ante nuestra respuesta. No presiona, no fuerza, aguarda. Jesús escribe en la arena. ¿A qué espera? ¿Por qué no les grita a los que acusan recordándoles su propio pecado? No, no es el camino que sigue. Calla, escribe, espera. No es tolerante, ni condescendiente, ni tampoco simplemente bueno. Jesús calla y conoce el alma de los que gritan, el alma de la mujer arrepentida. «*¿Por qué has pecado?*» Escuchamos en el alma. Nos gustaría saberlo. Muchas veces pecamos sin pretenderlo. Caemos sin buscarlo. Nos alejamos sin darnos cuenta. Es verdad que descuidamos los seguros, los que nos dan la vida y nos llenan de paz. Esos seguros que nos hacen estar tranquilos y felices en el camino que seguimos. Pero nos enredamos en esos escondrijos del alma donde no llega la luz. En ese corazón nuestro lleno de pasiones desordenadas, de afectos sin cauce, de sombras y miedos. Nos dejamos llevar por la ira cuando no controlamos la vida. Nos dejamos llevar por el egoísmo buscando nuestra propia felicidad, o lo que pensamos que nos hace felices. Y respondemos como los que acusaban: «*Ellos, al oírla, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús, con la mujer, en medio, que seguía allí delante*». Se alejan todos porque han pecado. Nos alejamos todos los que pecamos. El pecado nos hermana y nos separa. El pecado nos hace sentirnos indignos y nos cierra en nuestro dolor. Pero también sabemos que no siempre el pecado causa dolor en el alma. ¡Cuántas personas viven hoy tranquilas con su pecado! El pecado aceptado y asumido se convierte en forma de vida. Acallamos la conciencia para que no grite. Renunciamos a nuestros principios, para que nada ni nadie puedan acusarnos. Nos escondemos en nuestras murallas dentro de las cuales estamos tranquilos. Logramos no escuchar el agua del río que corre, pero no porque ya no corra el agua, sino porque nos hemos alejado de nuestro corazón. Ya, tan lejos, no escuchamos nada. No vemos ni sentimos. **Vivimos con un corazón de piedra que nos aleja de Dios.**

Y al quedarse sólo con la pecadora hace justicia: «*Jesús se incorporó y le preguntó: - Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado? Ella contestó: - Ninguno, Señor. Jesús dijo: - Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más*». Juan 8, 1-11. Pocas palabras bastan para cambiar una vida. «*Yo no te condeno*». ¿Hay algo más liberador que esta respuesta? ¿Algo más grande? No hay nada más bello. Jesús no nos condena. No condena nuestra vida, aunque sí el pecado. No juzga al hombre, sólo su pecado, quiere que se convierta y viva. Que cambie de vida y crea. La miseria de la mujer, es abrazada por la misericordia de Cristo. Es elevada sobre sí misma. No hay condena que la hunda. Los hombres condenan, pero Dios perdona. Su alma, que era un desierto lleno de suciedad, se convierte en un desierto florido. Las palabras de Isaías se hacen vida en su alma: «*Así dice el Señor, que abrió camino en el mar y senda en las aguas impetuosas. No penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis? Abriré un camino por el desierto, nos en el yermo. Ofreceré agua en el desierto, ríos en el yermo, para apagar la sed de mi pueblo, de mi*

⁵ J. Kentenich, “*Lunes por la tarde*”, 156.

escogido, el pueblo que yo formé, para que proclame mi alabanza» Isaías 43, 16-21. Brota la vida de la tierra seca. Surge la vida de la oscuridad de la muerte. Un brote verde de un alma sin vida. Aquel que ha sido salvado vuelve la mirada a Dios con un corazón agradecido. Hay paz en el alma en la que ha sido sembrado el perdón. La vida cambia, brota algo nuevo. Comienza a caminar aquel que ha recibido el perdón. ¿No es así en nuestra vida cada vez que somos absueltos? **El perdón nos devuelve la dignidad perdida, nos hace nuevas criaturas.**

El Señor, mirándola con misericordia, le dice: «*No peques más*». A partir de ahora no peques y cambia de vida. Sabemos que no es posible dejar de pecar, pero sí es posible cambiar de vida. Vivimos con pecado. Caemos y volvemos a caer. Pero algo cambia cuando somos perdonados y podemos comenzar de nuevo. La conversión es posible cuando el corazón se abre a la gracia. Entonces exclamamos con el salmo: «*El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres. Cuando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar: la boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares. Hasta los gentiles decían: -El Señor ha estado grande con ellos. Que el Señor cambie nuestra suerte. Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares. Al ir, iba llorando, levando la semilla; al volver, vuelve cantando, trayendo sus gavillas.*». Sal 125, 1-2ab. 2cd-3. El perdón recibido nos llena de alegría y paz. Volvemos cantando hacia Dios. El perdón de Dios nos invita a darle a Dios una respuesta. Dios quiere que nuestro corazón se convierta. Hoy hemos escuchado a Pablo: «*Todo lo estimo perdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo perdí todo, y todo lo estimo basura con tal de ganar a Cristo y existir en él, no con una justicia mía, la de la Ley, sino con la justicia que viene de Dios y se apoya en la fe. Para conocerlo a él, y la fuerza de su resurrección, y la comunión con sus padecimientos, muriendo su misma muerte, para llegar un día a la resurrección de entre los muertos. No es que ya haya conseguido el premio, o que ya esté en la meta: yo sigo corriendo a ver si lo obtengo, pues Cristo Jesús lo obtuvo para mí. Yo no pienso haber conseguido el premio. Sólo busco una cosa: olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está delante, corro hacia la meta, para ganar el premio al que Dios, desde arriba, llama en Cristo Jesús.*». Filipenses 3, 8-14.

Seguimos con Él corriendo hacia la meta. Todavía lejos. Todavía sin palabras. Heridos y humillados. Esperando una palabra que nos perdone. Al escuchar este Evangelio brota del corazón el deseo de darle gracias a Dios por su infinita misericordia. Sólo así podemos unirnos a las palabras de San Patricio en su confesión: «*¿Quién soy yo, y cuál es la excelencia de mi vocación, Señor, que me has revestido de tanta gracia divina? Tú me has concedido exultar de gozo entre los gentiles y proclamar por todas partes tu nombre, lo mismo en la prosperidad que en la adversidad. Tú me has hecho comprender que cuanto me sucede, lo mismo bueno que malo, he de recibirla con idéntica disposición, dando gracias a Dios que me otorgó esta fe incombustible y que constantemente me escucha.*». La mujer, alzada desde su miseria, humillada, vuelve a la vida gracias al amor de Cristo. **Se reconoce débil y se abraza a su poder. Sólo así se salva.**

Al anhelar la conversión del corazón, no buscamos una vida perfecta y sin fisuras, demasiado alejada de la vida real. Esa perfección no existe en este mundo, sólo se encuentra en la fantasía de los perfeccionistas. Una persona, al hablar de una actriz a quien veía muy perfecta, decía: «*Lo siento, no puedo explicarlo pero hay algo en ella que me ataca. Es como demasiado buena. Demasiado maja, demasiado en forma, demasiado sencilla, demasiado talentosa. No son celos. No encuentro su perfección adorable. La encuentro irritante.*». Los demasiado perfectos nos irritan. No somos tolerantes con esa perfección inalcanzable. Nos alejamos de los que no tienen falta ni pecado. Nos abruma con una vida sin tacha en la que parece no haber sombras. A veces nosotros mismos pretendemos dar esa imagen. Tapamos el pecado, disimulando nuestras debilidades, y nos gusta mostrarnos demasiado fuertes, demasiado buenos, demasiado santos. Como me comentaba una persona: «*Desde fuera todo va perfecto. El mundo me acepta. Mientras consiga disimular, mientras nadie me pida demasiado. Mientras no me descubran, todo seguirá funcionando. Cada mañana recuperó las ganas de creérmelo y cada noche abandono el proyecto. Que vida tan chiquitita tenemos, tan diminuta.*». Vivir encerrados en esa imagen perfecta empequeñece nuestra vida. Nos hace débiles e infelices. **Acaba con nuestros sueños y deja que todo sea demasiado diminuto y pequeño.**